



Donde el silencio me espera

Xavier Dueñas

Antes de leer

Hay pérdidas que no se gritan. Simplemente se quedan, como una presencia callada que cambia la forma en que se respira, se camina, se recuerda. Este relato nace de una de esas pérdidas. No busca respuestas ni consuelos perfectos, sino una forma de estar en el mundo cuando ya no se espera nada con urgencia. A través de una rutina que se vuelve rito —un banco, un atardecer, un abrigo que se acomoda solo—, la narradora va descubriendo que la paz no siempre llega como certeza, sino como una tregua humilde con lo que fue. Una paz imperfecta, sí, pero suficiente para volver a casa por dentro.

Donde el silencio me espera

Cada tarde, casi sin falta, vuelvo al mismo banco del parque. No es una promesa ni una obligación; es simplemente algo que hago, como quien regresa a casa sin anunciarlo, sin pensarlo demasiado, con ese gesto mecánico que se vuelve abrigo cuando los días pesan más de lo que uno sabe decir. A esa hora, el mundo entero parece contener el aliento: los árboles susurran entre ellos con una intimidad antigua, el viento se desliza sin prisa entre las ramas, y los pasos de la gente suenan como ecos que no tienen dónde quedarse. Es ese momento del día en que el silencio habla más alto que cualquier otra cosa, cuando todo parece estar a punto de decir algo importante y, sin embargo, guarda silencio.

Ahí me siento, como cada tarde, en el mismo banco donde solías sentarte tú, en ese rincón que ha aprendido a resistir el paso del tiempo con una dignidad que me entenece. A veces, cuando el sol cae torcido entre los árboles y las sombras se alargan como si buscaran algo, me parece verte llegar, con ese andar tuyo que siempre fue una mezcla extraña de fatiga y urgencia, como si llevaras dentro una cita a la que nunca querías llegar demasiado tarde, ni demasiado temprano.

Me acomodo el abrigo con un gesto lento, casi sin darme cuenta, como si en algún rincón remoto de mi cuerpo aún esperara que tus manos aparecieran para ayudarme, con esa torpeza dulce que siempre me hacía sonreír. Sé que no vas a llegar. Lo sé. Pero hay gestos que una no abandona, porque en ellos queda algo suspendido, como una hebra que todavía ata lo que fue con lo que aún late. Y así me quedo, quieta, sin urgencias, como si el tiempo pudiera dilatarse solo un poco, lo justo para dejarme sentirte cerca una vez más.

Siempre creí que la paz era algo que se alcanzaba cuando afuera todo estaba en orden, cuando no dolía nada, cuando los otros sabían entendernos sin necesidad de explicarnos demasiado. Pero el tiempo —que no cura, pero enseña— me fue mostrando otro camino, más incierto, más lento, y quizás por eso, más verdadero.

Nuestra vida juntos fue una mezcla de calidez y distancia, de gestos que abrigaban y silencios que dolían. Nos quisimos, de eso no tengo dudas, pero también nos fallamos, una y otra vez, sin el valor de ponerle palabras al desencuentro. Yo callé por miedo, tú por orgullo. Y en ese silencio espeso dejamos abandonadas tantas cosas: disculpas que nunca dijimos, preguntas

Donde el silencio me espera

que se quedaron esperando respuesta, y algunos “te quiero” que murieron en la garganta sin atreverse a cruzar el aire.

A veces —no muchas, pero las hay— me da por imaginar cómo habría sido decírlas. Decírtelas. Y entonces me enfado, aunque sea solo por dentro. Porque pienso que debiste haber insistido, que al menos uno de los dos tendría que haber roto el silencio. Y después me río, porque sé que estoy haciendo lo que siempre hice: reclamarte sin levantar la voz, como si aún necesitara tu permiso para reprocharte algo. Pero el enfado se pasa, como todo, y vuelve la calma. O algo que se le parece.

Cuando te fuiste, me quedé esperando que pasara algo. Una señal, una sacudida, una voz tenue que me dijera que aún podía hablar contigo, aunque ya no estuvieras. Pero no pasó nada. Solo un vacío que se hizo hueco en el pecho. Al principio fue angustia, luego tristeza, y después... esta calma extraña que no sé si es resignación o apenas una forma de seguir adelante cuando no queda otra cosa.

Hoy, sentada aquí, mientras la luz se deshace entre las hojas y el mundo parece oscilar entre el final del día y el comienzo de otra espera, empiezo a entender que la paz no es algo que se nos entrega envuelto en certezas. Es una semilla pequeña, silenciosa, que solo germina cuando una aprende a cuidar hacia adentro, sin exigirle al otro lo que ya no puede dar. No nace de lo que recibimos o perdemos, sino de cómo decidimos mirar lo que ya no está.

No te perdoné del todo. Tampoco me perdoné a mí. Pero en este modo callado de habitar el recuerdo, en este gesto diario de venir a sentarme sin expectativas, he empezado a sentir que algo se mueve. No es un consuelo, ni una reparación. Es apenas un espacio que se abre muy lentamente por dentro, como una grieta por la que entra un poco de aire nuevo.

Y en ese espacio, algo empieza —sin apuro, sin alarde— a florecer. No sé si llamarlo paz. Quizá sea otra cosa. Una forma distinta de estar en el mundo: más atenta, más lenta, más mía. Ya no camino buscando respuestas, ni me esfuerzo por enmendar lo que no tuvo arreglo. Ahora simplemente estoy. Escucho lo que llega. Agradezco lo que queda.

Y aunque aún me visitan las sombras —porque lo hacen, de tanto en tanto— ya no me asustan como antes. He aprendido que no siempre hay que ahuyentarlas; a veces basta con darles asiento, como quien ofrece una taza de té a un viejo dolor que ya no quiere hacer daño, solo ser reconocido.

Quizá eso sea la paz, o al menos una forma tenue y temblorosa de acercarse a ella, como quien camina descalzo por un sendero que ya no duele tanto. Hay días —no todos, pero

Donde el silencio me espera

algunos— en los que respirar no exige tanto esfuerzo, en los que la soledad no muerde, sino que se acomoda a mi lado con la mansedumbre de una vieja compañera. Y es en esos días, cuando me siento aquí y dejo que el banco, el aire y este silencio que antes pesaba y ahora apenas susurra, me rodeen sin exigirme respuestas, cuando empiezo a entender que algo en mí se ha movido. No sé si puedo llamarlo hogar —quizá sea pronto, quizá nunca lo sea del todo—, pero sí es un lugar al que puedo volver sin sentir que he fracasado, sin necesidad de fingir fortaleza, un lugar que me recibe sin condiciones, como si supiera que he llegado con lo que queda, con lo que soy.

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>